

Zarco. Por último, quisiera mencionar la excelente traducción de María Francisca Mourier-Martínez

Jan BAZANT  
*El Colegio de México*

Andrés LIRA, *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México. Tenochtitlan y Tlatelolco, sus pueblos y barrios, 1812-1919*. México. El Colegio de México/El Colegio de Michoacán, 1983, 426 pp., mapas, ils.

Cualquier estudioso del siglo XIX mexicano se encuentra, a cada paso, con una realidad indígena que es imposible eludir, y sí difícil de explicar. Andrés Lira se topa con ella a nivel de historiar instituciones políticas, no precisamente las indígenas, sino las nacionales, sólo que, irremediamente unidos a las últimas, se encuentran los indios con su presencia muda, cuya voz nos trasmite el autor.

En la introducción, si bien explica las inquietudes que le llevaron a escribir sobre este tema, debió apuntar los hilos conductores que se perciben a lo largo del libro, para que el lector los detectase con mayor precisión cuando se los encuentra esporádicamente en la lectura. Por ejemplo, las ocupaciones como la pesca, la explotación del barro y de las salinas, labores que fueron quedando en manos de los indios por ser las más improductivas y porque ellos no estaban preparados para otro tipo de trabajo. Si a Lira le interesó más saber quienes fueron los habitantes de las parcialidades, que cuántos, debió describirlos desde el principio para que las afirmaciones quedasen corroboradas en el texto y apoyadas en las citas.

El tema principal del estudio es el enfrentamiento entre el gobierno de la ciudad de México y los de las parcialidades indígenas de Santiago Tlatelolco y San Juan Tenochtitlan, pero entre ambas comunidades existieron rivalidades muy antiguas, desde el siglo XV, que pervivieron hasta el XIX, como lo describe Lira, y que terminaron en 1829 durante la presidencia de Anastasio Bustamante. Para comprender mejor esa enemistad hubiera bastado con señalar que se originó en la lucha por el predominio económico du-

rante la época prehispánica.\* Posteriormente se derivó en la tenencia de la tierra pero desde la época novohispana, tlatelolcas y tenochcas se enfrentaron, ya no entre ellos, sino a un enemigo común: la ciudad de México.

La investigación se desarrolla a partir de 1812, propiamente desde que la corriente de ideas liberales llegó procedente de Europa, vía España, y se plasmó en ciudadanos comunes, con todas las obligaciones de éstos, pero sin ciertos privilegios de que gozaron durante el virreinato, por ejemplo el usufructo de sus tierras. Cuando los indios ya no las trabajaron directamente y las alquilaron, el lector queda con deseos de una conclusión del autor que explique si se llegó a esa medida por holgazanería de los nativos, o porque el desarrollo económico de la ciudad hacía incosteable sus antiguas ocupaciones.

El problema concreto es la tenencia de la tierra, comunal desde sus orígenes e individualista desde el liberalismo. Los indios no fueron consultados ni preparados para este cambio, y no les quedó más recurso, que luchar, en la medida de sus fuerzas, contra una metrópoli que los confinó en barrios paupérrimos.

Durante el siglo XIX coexistieron —como todavía coexisten—, dos mundos diferentes, el indígena y el “nacional”. El autor pudo poner mayor atención en los propósitos de los gobiernos independientes por asimilar al indio a la vida nacional. Uno de esos intentos fue la educación, que merecía un inciso o un capítulo aparte, porque el material existe y lo utiliza Lira, pero no lo presenta como una unidad.

Lira maneja una abundante y rica documentación, y debido a ello se regocija en descripciones de pleitos entre administradores y gobierno, anécdotas y todo lo que de su material puede reflejar el proceso de extinción de esas comunidades. Es de lamentar que los juicios valorativos del autor se pierdan entre el acopio de documentación.

En lo que cabe al periodo de la intervención francesa, se bosqueja la silueta de don Faustino Galicia Chimalpopoca y sugiere una biografía de él. Si bien se destaca la actuación como administrador de bienes de parcialidades, podría hacerse lo mismo con el papel que desempeñó en la Junta de Clases Menesterosas, de donde surgió un plan que podríamos llamar ahora de “integración na-

\* Ver la serie de publicaciones “Tlatelolco a través de los tiempos”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, 1943 a 1950, especialmente los trabajos de Roberto H. Barlow y de Delfina López Sarrelangue.

cional” y cuyos postulados son muy similares a los del actual Instituto Nacional Indigenista.

Los barrios de Tlatelolco y Tenochtitlan cobran vida y muerte en el libro de Lira. Mucho quedó en el tintero y mucho habrá que continuar para la mejor comprensión de las comunidades indígenas en todo México.

Rosaura HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

## SIETE LIBROS YUCATECOS

Elmer LLANES MARÍN: *Los niños mayas de Yucatán*. Mérida, Yucatán, Maldonado Editores, 1983. (Colección Voces de Yucatán, 1.)

Este ensayo, escrito al estilo literario de los relatos indígenas, nos pinta y describe cómo son los niños de Yucatán a través de la educación que reciben de sus mayores, de los juegos tradicionales, del trabajo que realizan al lado de la madre o del padre según el sexo de ellos, etc., todo empapado con la magia y los mitos tradicionales del indígena maya.

Una importante aportación que rescata un buen número de costumbres que han permanecido, entre el pueblo yucateco, a pesar del mestizaje y del influjo de otras costumbres.

La presentación de este ensayo se ve enriquecida por las ilustraciones de don Fernando Castro Pacheco.

Ermilo ABREU GÓMEZ: *La conjura de Xinum (la Guerra de Castas de Yucatán)*. Prólogo de Miguel Ángel Asturias. Mérida, Yucatán, Maldonado Editores, 1983. (Colección Voces de Yucatán, 2.)

En este valioso libro para la evolución social en la historia de Yucatán encontramos la narración de la guerra de castas, tragedia pintada como dice el prologuista “en forma sobria y rica en imáge-